Cómo los trabajadores hicieron suyo el Primero de Mayo

ERIC HOBSBAWM :: 04/05/2024

«Los curas tienen sus días festivos», anunciaba un periódico de mayo de 1891, «los moderados tienen sus celebraciones. El Primero de Mayo es el festival de los trabajadores de todo el mundo»

Eric Hobsbawm relata los orígenes del Día Internacional de los Trabajadores.

En 1990, Michael Ignatieff, escribiendo sobre la Pascua para el *Observer*, señalaba que «las sociedades seculares nunca han conseguido ofrecer alternativas a los rituales religiosos». Apuntaba que la Revolución Francesa podía haber «convertido a los súbditos en ciudadanos, haber puesto *liberté*, *égalité* y *fraternité* en el dintel de todas las escuelas y haber desterrado a los monasterios, pero aparte del catorce de julio nunca hizo mella en el viejo calendario cristiano».

El tema que nos ocupa es quizá la única mella incuestionable hecha por un movimiento laico en el calendario cristiano o en cualquier otro calendario oficial, una fiesta establecida no en uno o dos países, sino, desde 1990, oficialmente en 107 Estados. Es más, es una ocasión establecida no por el poder de gobiernos o conquistadores, sino por un movimiento totalmente no oficial de hombres y mujeres pobres. Hablo del Primero de Mayo, la fiesta internacional del movimiento obrero, cuyo centenario debería haberse celebrado en 1990, ya que se inauguró en 1890.

«Debería» es la expresión correcta, ya que, aparte de los historiadores, pocos han mostrado mucho interés por esta ocasión, ni siquiera los partidos socialistas que son descendientes directos de los que, en los congresos inaugurales de lo que se convirtió en la Segunda Internacional, convocaron en 1889 una manifestación obrera internacional simultánea a favor de una ley para limitar la jornada laboral a ocho horas que se celebraría el 1º de mayo de 1890. Esto es cierto incluso para los partidos realmente representados en los congresos de 1889, y que todavía existen. Estos partidos de la Segunda Internacional o sus descendientes proporcionan hoy los gobiernos o las principales oposiciones en casi toda Europa al oeste de lo que era la autodenominada región del «socialismo realmente existente». Cabría haber esperado que mostraran un mayor orgullo, o incluso simplemente algo más de interés por su propio pasado.

La reacción política más fuerte en Gran Bretaña al centenario del Primero de Mayo vino de Sir John Hackett, antiguo general y, lamento decirlo, antiguo director de una facultad de la Universidad de Londres, que pidió la abolición del Primero de Mayo, al que parecía considerar una especie de invento soviético. En su opinión, el día no debía sobrevivir a la caída del comunismo internacional. Sin embargo, el origen de la fiesta primaveral del Primero de Mayo en la Comunidad Europea es todo lo contrario de bolchevique o incluso socialdemócrata. Se remonta a los políticos antisocialistas que, reconociendo lo profundamente que las raíces del Primero de Mayo calaban en el suelo de las clases trabajadoras occidentales, quisieron contrarrestar el atractivo de los movimientos obreros y

socialistas cooptando su fiesta y convirtiéndola en otra cosa. Por citar una propuesta parlamentaria francesa de abril de 1920, apoyada por cuarenta y un diputados a los que solo les unía el hecho de no ser socialistas:

Esta fiesta no debe contener ningún elemento de celos ni odio [palabra clave para la lucha de clases]. Todas las clases, si es que aún puede decirse que existen clases, y todas las energías productivas de la nación deben confraternizar, inspiradas por la misma idea y el mismo ideal.

Los que, antes de la Comunidad Europea, llegaron más lejos en la cooptación del Primero de Mayo fueron los de extrema derecha, no los de izquierda. El gobierno de Hitler fue el primero, después de la URSS, en convertir el Primero de Mayo en un Día Nacional del Trabajo oficial. El gobierno de Vichy del mariscal Petain declaró el Primero de Mayo «Fiesta del Trabajo y de la Concordia» y se dice que se inspiró para ello en el Primero de Mayo falangista de la España de Franco, donde el mariscal había sido un entusiasta embajador.

De hecho, la Comunidad Económica Europea que hizo del Primero de Mayo un día festivo, a pesar de las opiniones de la Sra. Thatcher sobre el tema, era un organismo compuesto no por gobiernos socialistas sino predominantemente antisocialistas. Los Primero de Mayo oficiales occidentales fueron reconocimientos de la necesidad de llegar a un acuerdo con la tradición de los Primero de Mayo no oficiales y desvincularla de los movimientos obreros, la conciencia de clase y la lucha de clases. Pero, ¿cómo es que esta tradición era tan fuerte que hasta sus enemigos pensaron que tenían que asumirla, incluso cuando, como Hitler, Franco y Petain, destruyeron el movimiento obrero socialista?

Un ascenso rápido

Lo extraordinario de la evolución de esta institución es que no fue intencionada ni planificada. En este sentido, no fue tanto una «tradición inventada» como una que surgió de repente. El origen inmediato del Primero de Mayo no se discute. Fue una resolución aprobada por uno de los dos congresos fundadores rivales de la Internacional --el marxista-- en París en julio de 1889, año del centenario de la Revolución Francesa. En ella se convocaba a los trabajadores a una manifestación internacional ese mismo día, en la que plantearían a sus respectivas autoridades públicas y de otro tipo la reivindicación de una jornada legal de ocho horas. Y como la Federación Americana del Trabajo ya había decidido celebrar dicha manifestación el 1º de mayo de 1890, se eligió este día para la manifestación internacional. Irónicamente, en los propios Estados Unidos el Primero de Mayo nunca llegó a establecerse como lo hizo en otros lugares, aunque solo fuera porque ya existía un día festivo del trabajo cada vez más oficial, el Labor Day, el primer lunes de septiembre.

Los estudiosos han investigado naturalmente los orígenes de esta resolución, y el modo en que se relacionaba con la historia anterior de la lucha por la jornada legal de ocho horas en Estados Unidos y en otros lugares, pero estos asuntos no nos conciernen aquí. Lo que es relevante para el presente argumento es la diferencia entre lo que la resolución preveía y lo que realmente ocurrió. Señalemos tres hechos sobre la propuesta original. En primer lugar, se pedía simplemente una manifestación internacional única. No se sugería que se repitiera, y mucho menos que se convirtiera en un acontecimiento anual regular. En segundo lugar, no se sugería que fuera una ocasión especialmente festiva o ritual, aunque se autorizaba a

los movimientos obreros de todos los países a «realizar esta manifestación de las formas que la situación de su país haga necesarias».

Esto, por supuesto, fue una salida de emergencia dejada por el bien del Partido Socialdemócrata Alemán, que en ese momento todavía era ilegal según la ley antisocialista de Bismarck. Por último, no hay indicios de que esta resolución se considerara especialmente importante en aquel momento. Al contrario, la prensa de la época apenas la menciona, si es que lo hace, y, con una excepción (curiosamente un periódico burgués), sin la fecha propuesta. Incluso el informe oficial del Congreso, publicado por el Partido Socialdemócrata Alemán, se limita a mencionar a los proponentes de la resolución e imprime su texto sin ningún comentario ni aparente sensación de que se trataba de un asunto de importancia. En resumen, como Edouard Vaillant, uno de los delegados más eminentes y políticamente sensibles del Congreso, recordaba unos años más tarde: «¿Quién podría haber predicho (...) el rápido ascenso del Primero de Mayo?».

Su rápido auge y veloz institucionalización se debieron sin duda al extraordinario éxito de las primeras manifestaciones del Primero de Mayo en 1890, al menos en Europa al oeste del Imperio Ruso y los Balcanes. Los socialistas habían elegido el momento oportuno para fundar o, si lo preferimos, reconstituir una Internacional. El primer Primero de Mayo coincidió con un avance triunfal de la fuerza y la confianza obreras en numerosos países. Por citar solo dos ejemplos conocidos: el estallido del Nuevo Sindicalismo en Gran Bretaña que siguió a la Huelga del Dock de 1889, y la victoria socialista en Alemania, donde el Reichstag se negó a continuar la ley antisocialista de Bismarck en enero de 1890, con el resultado de que un mes después el Partido Socialdemócrata dobló su voto en las elecciones generales y salió con algo menos del 20% del voto total. Lograr que las manifestaciones de masas tuvieran éxito en un momento como aquel no fue difícil, ya que tanto los activistas como los militantes se volcaron en ellas, mientras que masas de trabajadores corrientes se unieron a ellas para celebrar una sensación de victoria, poder, reconocimiento y esperanza.

Y, sin embargo, el grado de participación de los trabajadores en estas reuniones asombró a quienes les habían convocado a hacerlo, especialmente a los 300.000 que llenaron Hyde Park en Londres, que así, por primera y última vez, constituyó la mayor manifestación del día. Porque, si bien todos los partidos y organizaciones socialistas habían convocado naturalmente reuniones, solo algunos habían reconocido todo el potencial de la ocasión y se habían volcado a ella desde el principio. El Partido Socialdemócrata austriaco fue excepcional en su sentido inmediato del estado de ánimo de las masas, con el resultado de que, como observó Friedrich Engels unas semanas más tarde, «en el continente fue Austria, y en Austria, Viena, la que celebró esta fiesta de la manera más espléndida y apropiada».

De hecho, en varios países, lejos de lanzarse de todo corazón a la preparación del Primero de Mayo, los partidos y movimientos locales, como es habitual en la política de izquierdas, se vieron perjudicados por discusiones y divisiones ideológicas sobre la forma o formas legítimas de tales manifestaciones --volveremos sobre ellas más adelante-- o por pura cautela. Frente a una reacción muy nerviosa, incluso en ocasiones histérica, ante la perspectiva de la jornada por parte de los gobiernos, la opinión de la clase media y los empresarios, que amenazaban con la represión policial y la victimización, los dirigentes socialistas responsables prefirieron a menudo evitar formas de confrontación excesivamente

provocadoras. Este fue especialmente el caso de Alemania, donde la prohibición del partido acababa de ser revocada tras once años de ilegalidad. «Tenemos todas las razones para mantener a las masas bajo control en la manifestación del Primero de Mayo», escribió el líder del partido August Bebel a Engels. «Debemos evitar conflictos». Y Engels estuvo de acuerdo.

La cuestión crucial era si se debía pedir a los trabajadores que se manifestaran en horario laboral, es decir, que fueran a la huelga, ya que en 1890 el Primero de Mayo caía en jueves. Básicamente, los partidos cautelosos y los sindicatos fuertes y establecidos --a menos que quisieran deliberadamente o se vieran envueltos en una acción industrial, como era el plan de la Federación Americana del Trabajo-- no veían por qué debían arriesgar su propio cuello y el de sus miembros en aras de un gesto simbólico. Por lo tanto, tendían a optar por una manifestación el primer domingo de mayo y no el primer día del mes. Esta era y siguió siendo la opción británica, razón por la cual el primer gran Primero de Mayo tuvo lugar el 4 de mayo.

Sin embargo, también era la preferencia del partido alemán, aunque allí, a diferencia de Gran Bretaña, en la práctica fue el Primero de Mayo el que prevaleció. De hecho, la cuestión se debatiría formalmente en el Congreso Socialista Internacional de Bruselas de 1891, en el que británicos y alemanes se opusieron a franceses y austriacos en este punto, siendo superados en las votaciones. Una vez más, esta cuestión, como tantos otros aspectos del Primero de Mayo, fue el subproducto accidental de la elección internacional de la fecha. La resolución original no hacía referencia alguna a la interrupción del trabajo. El problema surgió simplemente porque el primer Primero de Mayo cayó en día laborable, como todos los que planeaban la manifestación descubrieron inmediata y necesariamente.

La prudencia dictaba lo contrario. Pero lo que hizo realidad el Primero de Mayo fue precisamente la elección del símbolo por encima de la razón práctica. Fue el acto de parar simbólicamente el trabajo lo que convirtió el Primero de Mayo en algo más que otra manifestación, o incluso otra ocasión conmemorativa. Fue en los países o ciudades donde los partidos, incluso contra los sindicatos vacilantes, insistieron en la huelga simbólica donde el Primero de Mayo se convirtió realmente en una parte central de la vida de la clase obrera y de la identidad laboral, como nunca ocurrió realmente en Gran Bretaña, a pesar de su brillante comienzo.

Abstenerse de trabajar en un día laborable era tanto una afirmación del poder de la clase obrera --de hecho, la afirmación por excelencia de este poder-- como la esencia de la libertad, es decir, no verse obligado a trabajar con el sudor de la frente, sino elegir qué hacer en compañía de la familia y los amigos. Era, por tanto, tanto un gesto de afirmación y lucha de clases como una fiesta: una especie de tráiler de la buena vida que vendría tras la emancipación del trabajo. Y, por supuesto, en las circunstancias de 1890, era también una celebración de la victoria, una vuelta de honor al estadio. Visto así, el Primero de Mayo llevaba consigo un rico cargamento de emoción y esperanza.

Formalización

De esto se dio cuenta Victor Adler cuando, en contra de los consejos del Partido Socialdemócrata Alemán, insistió en que el partido austriaco debía provocar precisamente

la confrontación que Bebel quería evitar. Al igual que Bebel, reconoció el clima de euforia, de conversión de masas, casi de expectación mesiánica que recorría a tantas clases trabajadoras en ese momento. «Las elecciones han hecho volver la cabeza a las masas [*geschult*] menos formadas políticamente. Creen que solo tienen que querer algo y todo se puede conseguir», en palabras de Bebel.

A diferencia de Bebel, Adler aún necesitaba movilizar estos sentimientos para construir un partido de masas a partir de una combinación de activistas y de la creciente simpatía del pueblo. Además, a diferencia de los alemanes, los trabajadores austriacos aún no tenían voto. Por tanto, la fuerza del movimiento todavía no podía demostrarse electoralmente. De nuevo, los escandinavos comprendieron el potencial movilizador de la acción directa cuando, tras el primer Primero de Mayo, votaron a favor de que se repitiera la manifestación de 1891, «especialmente si se combinaba con un cese del trabajo, y no con simples expresiones de opinión». La propia Internacional adoptó el mismo punto de vista cuando en 1891 votó (en contra de los delegados británicos y alemanes, como hemos visto) celebrar la manifestación el Primero de Mayo y «cesar el trabajo allí donde no sea imposible hacerlo».

Esto no significaba que el movimiento internacional llamara a la huelga general como tal, pues, con todas las ilimitadas expectativas del momento, los trabajadores organizados eran conscientes en la práctica tanto de su fuerza como de su debilidad. Si la gente debía ir a la huelga el Primero de Mayo, o si se podía esperar que renunciara a un día de salario por la manifestación, eran cuestiones ampliamente debatidas en los bares de la proletaria Hamburgo, según los policías de paisano enviados por el Senado para escuchar las conversaciones de los trabajadores en esa ciudad masivamente «roja». Se comprendió que muchos trabajadores no podrían salir, aunque quisieran. Así, los ferroviarios enviaron un telegrama al primer Primero de Mayo de Copenhague que fue leído y vitoreado: «Ya que no podemos estar presentes en la reunión debido a la presión ejercida por los que están en el poder, no omitiremos apoyar plenamente la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas».

Sin embargo, cuando los empresarios sabían que los trabajadores eran fuertes y estaban sólidamente comprometidos, a menudo aceptaban tácitamente que se les quitara la jornada. Así ocurrió a menudo en Austria. De esta forma, a pesar de las claras instrucciones del Ministerio del Interior de que las procesiones estaban prohibidas y de que no estaba permitido tomarse tiempo libre y a pesar de la decisión formal de los empresarios de no considerar el Primero de Mayo como día festivo --y a veces incluso de sustituirlo por el día anterior al Primero de Mayo como día festivo laboral--, la fábrica estatal de armamento de Steyr, Alta Austria, cerró el Primero de Mayo de 1890 y todos los años posteriores. En cualquier caso, salieron suficientes trabajadores en suficientes países para hacer plausible el movimiento de paro. Después de todo, en Copenhague cerca del 40% de los trabajadores de la ciudad estuvieron presentes en la manifestación de 1890.

Dado el notable y a menudo inesperado éxito del primer Primero de Mayo, era natural que se exigiera su repetición. Como ya hemos visto, los movimientos escandinavos unidos lo pidieron en el verano de 1890, al igual que los españoles. A finales de año, el grueso de los partidos europeos había seguido su ejemplo. Puede que los militantes de Toulouse, que

aprobaron una resolución en este sentido en 1890, fueran los primeros en sugerir que la ocasión se convirtiera en un acontecimiento anual regular, pero para sorpresa de todos, el congreso de Bruselas de la Internacional de 1891 comprometió al movimiento con un Primero de Mayo anual regular.

Sin embargo, también hizo otras dos cosas, al tiempo que insistía, como hemos visto, en que el Primero de Mayo debía celebrarse con una única manifestación el primer día del mes, fuera cual fuera ese día, para subrayar «su verdadero carácter de reivindicación económica de la jornada de ocho horas y de afirmación de la lucha de clases».

A la jornada de ocho horas añadió al menos otras dos reivindicaciones: la legislación laboral y la lucha contra la guerra. Aunque a partir de entonces formó parte oficial del Primero de Mayo, en sí misma la consigna de la paz no se integró realmente en la tradición popular del Primero de Mayo, salvo como algo que reforzaba el carácter internacional de la ocasión. Sin embargo, además de ampliar el contenido programático de la manifestación, la resolución incluía otra innovación. Hablaba de «celebrar» el Primero de Mayo. El movimiento había llegado a reconocerlo oficialmente no solo como una actividad política, sino como una fiesta.

Una vez más, esto no formaba parte del plan original. Al contrario, el ala militante del movimiento y, no hace falta añadir, los anarquistas se oponían apasionadamente a la idea de las festividades por motivos ideológicos. El Primero de Mayo es un día de lucha. Los anarquistas habrían preferido que se ampliara de un día de ocio arrancado a los capitalistas a la gran huelga general que derrocaría todo el sistema. Como tantas veces, los revolucionarios más militantes tenían una visión sombría de la lucha de clases, como confirma la iconografía de masas negras y grises iluminadas por no más que alguna que otra bandera roja.

Los anarquistas preferían ver el Primero de Mayo como una conmemoración de los mártires --los mártires de Chicago de 1886--, «un día de dolor más que un día de celebración», y allí donde tenían influencia, como en España, Sudamérica e Italia, el aspecto martirológico del Primero de Mayo se convirtió de hecho en parte de la ocasión. Los pasteles y la cerveza no formaban parte del plan revolucionario. De hecho, como pone de manifiesto un reciente estudio sobre el Primero de Mayo anarquista en Barcelona, negarse a tratarlo o incluso a llamarlo «Festa del Traball», fiesta del trabajo, era una de sus principales características antes de la República. Al diablo con las acciones simbólicas: o la revolución mundial o nada. Algunos anarquistas incluso se negaron a alentar la huelga del Primero de Mayo, con el argumento de que todo lo que no iniciara realmente la revolución no podía ser más que otra diversión reformista. La Confederación General del Trabajo (CGT) francesa, sindicalista revolucionaria, no se resignó a la festividad del Primero de Mayo hasta después de la Primera Guerra Mundial.

Es muy posible que los dirigentes de la Segunda Internacional alentaran la transformación del Primero de Mayo en una fiesta, ya que sin duda querían evitar las tácticas anarquistas de confrontación y naturalmente también estaban a favor de una base lo más amplia posible para las manifestaciones. Pero la idea de una fiesta de clase, tanto de lucha como de diversión, definitivamente no estaba en sus mentes originalmente. ¿De dónde surgió?

Festividad

Al principio, la elección de la fecha desempeñó casi con toda seguridad un papel crucial. Las vacaciones de primavera están profundamente arraigadas en el ciclo ritual del año en el hemisferio norte templado y, de hecho, el propio mes de mayo simboliza la renovación de la naturaleza. En Suecia, por ejemplo, el Primero de Mayo era ya, por larga tradición, casi un día festivo. Este era, por cierto, uno de los problemas que planteaba la celebración de los Primeros de Mayo invernales en la por lo demás militante Australia. Del abundante material iconográfico y literario a nuestra disposición, que se ha puesto a nuestra disposición en los últimos años, resulta bastante evidente que la naturaleza, las plantas y, sobre todo, las flores simbolizaban automática y universalmente la ocasión. La más sencilla de las reuniones rurales, como la de 1890 en un pueblo de Estiria, no muestra pancartas, sino tablones con guirnaldas y lemas, así como músicos. Una encantadora fotografía de un posterior Primero de Mayo provincial, también en Austria, muestra a los ciclistas obreros socialdemócratas, hombres y mujeres, desfilando con las ruedas y el manillar adornados con flores, y a un pequeño niño adornado con flores en una especie de sillita de bebé colgada entre dos bicicletas.

Alrededor de los severos retratos de los siete delegados austriacos al Congreso Internacional de 1889, distribuidos con motivo del primer Primero de Mayo vienés, aparecen flores de forma despreocupada. Las flores se infiltran incluso en los mitos militantes. En Francia, la fusilada de Fourmies de 1891, con sus diez muertos, está simbolizada en la nueva tradición por Maria Blondeau, de dieciocho años, que bailó a la cabeza de doscientos jóvenes de ambos sexos, balanceando una rama de espino en flor que le había regalado su prometido, hasta que las tropas la mataron a tiros.

Dos tradiciones de mayo se funden patentemente en esta imagen. ¿Qué flores? Al principio, como sugiere la rama de espino, colores más propios de la primavera que de la política, aunque pronto el movimiento se decanta por flores de su propio color: rosas, amapolas y, sobre todo, claveles rojos. Sin embargo, los estilos nacionales varían. No obstante, las flores y esos otros símbolos del crecimiento floreciente, la juventud, la renovación y la esperanza, es decir, las mujeres jóvenes, ocupan un lugar central. No es casualidad que los iconos más universales para la ocasión, reproducidos una y otra vez en diversos idiomas, procedan de Walter Crane (especialmente la famosa joven con un bonete frigio rodeada de guirnaldas). El movimiento socialista británico era pequeño y sin importancia. Sus Primero de Mayo, tras los primeros años, fueron marginales. Sin embargo, a través de William Morris, Crane y el movimiento *arts-and-crafts*, inspiradores del «nuevo arte» o *art nouveau* más influyente de la época, encontró la expresión exacta para el espíritu de los tiempos. La influencia iconográfica británica no es la menor prueba del internacionalismo del Primero de Mayo.

De hecho, la idea de un festival o fiesta pública del trabajo surgió, una vez más, de forma espontánea y casi inmediata, sin duda ayudada por el hecho de que en alemán la palabra *feiern* puede significar tanto «no trabajar» como «celebrar formalmente» (el uso de *playing* como sinónimo de *stricking*, común en Inglaterra en la primera parte del siglo, ya no parece común a finales del mismo). En cualquier caso, parecía lógico que en un día en el que la gente se ausentaba del trabajo se complementaran las reuniones políticas y las marchas de la mañana con la sociabilidad y el entretenimiento posteriores, tanto más cuanto que el papel de las tabernas y los restaurantes como lugares de encuentro del movimiento era tan importante. En más de un país, los taberneros y *cabaretieri* constituían una parte

importante de los militantes socialistas.

Hay que mencionar inmediatamente una consecuencia importante de ello. A diferencia de la política, que en aquella época era «cosa de hombres», las fiestas incluían a mujeres y niños. Tanto las fuentes visuales como las literarias demuestran la presencia y participación de las mujeres en el Primero de Mayo desde el principio. Lo que lo convertía en una auténtica manifestación de clase y, de paso, como en España, atraía cada vez más a los trabajadores que no estaban políticamente con los socialistas, era precisamente que no se limitaba a los hombres, sino que pertenecía a las familias. Y a su vez, a través del Primero de Mayo, las mujeres que no estaban directamente en el mercado laboral como trabajadoras asalariadas, es decir, el grueso de las mujeres obreras casadas en varios países, se identificaron públicamente con el movimiento y la clase. Si la vida laboral asalariada pertenecía principalmente a los hombres, negarse a trabajar por un día unía edad y sexo en la clase obrera.

La Pascua Obrera

Prácticamente todos los días festivos regulares antes de esta época habían sido fiestas religiosas. El Primero de Mayo compartía con las fiestas cristianas la aspiración a la universalidad o, en términos laborales, al internacionalismo. Esta universalidad impresionó profundamente a los participantes y aumentó el atractivo de la jornada. Los numerosos diarios del Primero de Mayo, a menudo de producción local, que constituyen una fuente tan valiosa para la iconografía y la historia cultural de la ocasión --solo de la Italia prefascista se conservan 308 efemérides de este tipo-- insisten constantemente en ello. La primera revista del Primero de Mayo de Bolonia, de 1891, contiene no menos de cuatro artículos dedicados específicamente a la universalidad de la jornada. Y, por supuesto, la analogía con Pascua o Pentecostés parecía tan obvia como la de las celebraciones primaverales tradicionales.

Los socialistas italianos, muy conscientes del atractivo espontáneo de la nueva *festa del lavoro* para una población mayoritariamente católica y analfabeta, utilizaron el término «la Pascua de los trabajadores» a partir de 1892, y tales analogías se hicieron internacionalmente corrientes en la segunda mitad de la década de 1890. Es fácil comprender por qué. La similitud del nuevo movimiento socialista con un movimiento religioso, e incluso, en los primeros años de efervescencia del Primero de Mayo, con un movimiento de resurgimiento religioso con expectativas mesiánicas era patente.

También lo era, en cierto modo, la similitud del cuerpo de los primeros líderes, activistas y propagandistas con un sacerdocio, o al menos con un cuerpo de predicadores laicos. Tenemos un extraordinario folleto de Charleroi, Bélgica, de 1898, que reproduce lo que solo puede describirse como un sermón del Primero de Mayo: no hay otra palabra que valga. Fue redactado por, o en nombre de, diez diputados y senadores del Parti Ouvrier Belge, ateos sin duda alguna, bajo los epígrafes conjuntos «Trabajadores de todas las tierras, uníos» (Karl Marx) y «Amaos los unos a los otros» (Jesús). Unas pocas muestras sugerirán su estado de ánimo:

Esta es la hora de la primavera y de la fiesta, cuando la Evolución perpetua de la naturaleza brilla en todo su esplendor. Como la naturaleza, llénense de esperanza y prepárense para La Nueva Vida.

Tras algunos pasajes de instrucción moral («Muestra respeto por ti mismo: Guárdate de los líquidos que emborrachan y de las pasiones que degradan») y de aliento socialista, concluía con un pasaje de esperanza milenaria:

Pronto desaparecerán las fronteras. ¡Pronto se acabarán las guerras y los ejércitos! Cada vez que practiquen las virtudes socialistas de la Solidaridad y del Amor, acercarán ese futuro. Y entonces, en paz y alegría, nacerá un mundo en el que triunfará el Socialismo, una vez que el deber social de todos se entienda correctamente como la realización del desarrollo integral de cada uno.

Sin embargo, la cuestión sobre el nuevo movimiento obrero no era que fuera una fe, y que a menudo se hiciera eco del tono y el estilo del discurso religioso, sino que estaba tan poco influenciado por el modelo religioso, incluso en países donde las masas eran profundamente religiosas y estaban impregnadas de las costumbres eclesiásticas. Además, había poca convergencia entre la antigua y la nueva fe, excepto a veces (pero no siempre) cuando el protestantismo adoptaba la forma de sectas no oficiales e implícitamente oposicionistas en lugar de Iglesias, como en Inglaterra. El trabajo socialista fue un movimiento militantemente laico y antirreligioso que convirtió en masa a las poblaciones piadosas o anteriormente piadosas.

También podemos entender por qué fue así. El socialismo y el movimiento obrero atrajeron a hombres y mujeres para los que, como nueva clase consciente de sí misma como tal, no había un lugar apropiado en la comunidad de la que las Iglesias establecidas, y especialmente la Iglesia católica, eran la expresión tradicional. De hecho, había asentamientos de «forasteros», por ocupación como en los pueblos mineros o protoindustriales o fabriles, por origen como los albaneses de lo que se convirtió en el pueblo «rojo» por excelencia de Piana dei Greci en Sicilia (ahora Piana degli Albanesi), o unidos por algún otro criterio que los separaba colectivamente de la sociedad en general. Allí, «el movimiento» podría funcionar como la comunidad y, al hacerlo, asumir muchas de las antiguas prácticas del pueblo, hasta entonces monopolizadas por la religión.

Sin embargo, esto era inusual. De hecho, una de las principales razones del éxito masivo del Primero de Mayo fue que se consideraba la única fiesta asociada exclusivamente a la clase obrera como tal, no compartida con nadie más y, además, arrancada por la propia acción de los trabajadores. Más que eso: era un día en el que los que normalmente eran invisibles se exhibían públicamente y, al menos por veinticuatro horas, acaparaban el espacio oficial de los gobernantes y la sociedad. En este sentido, las galas de los mineros británicos, de las que la de los mineros de Durham es la superviviente más antigua, anticiparon el Primero de Mayo, pero sobre la base de una industria y no de la clase obrera en su conjunto. En este sentido, la única relación entre el Primero de Mayo y la religión tradicional era la reivindicación de la igualdad de derechos. «Los curas tienen sus días festivos», anunciaba en 1891 el periódico del Primero de Mayo de Voghera, en el valle del Po, «los moderados tienen sus celebraciones. También los demócratas. El Primero de Mayo es el festival de los trabajadores de todo el mundo».

El nuevo mundo

Pero había otra cosa que distanciaba al movimiento de la religión. Su palabra clave era

«nuevo», como en *Die Neue Zeit* (Tiempos nuevos), título de la revista teórica marxista de Kautsky, y como en la canción obrera austriaca que aún se asocia con el Primero de Mayo, y cuyo estribillo reza: «*Mit uns zieht die neue Zeit*» («Con nosotros avanzan los nuevos tiempos»). Como demuestran las experiencias escandinava y austriaca, el socialismo a menudo llegó al campo y a las ciudades de provincias literalmente con los ferrocarriles, con quienes los construyeron y los tripularon, y con las nuevas ideas y los nuevos tiempos que trajeron consigo.

A diferencia de otros días festivos, incluyendo la mayoría de las ocasiones rituales del movimiento obrero hasta entonces, el Primero de Mayo no conmemoraba nada (al menos para los acontecimientos fuera del alcance de la influencia anarquista que, como hemos visto, gustaba de vincularlo con los anarquistas de Chicago de 1886). No se trataba de otra cosa que del futuro, a diferencia de un pasado que no tenía nada que dar al proletariado más que malos recuerdos. «*Du passe faisons table rase*» («Del pasado hacemos tabla rasa») cantaba la Internacional, no por casualidad. A diferencia de la religión tradicional, «el movimiento» no ofrecía la recompensa después de la muerte, sino la nueva Jerusalén en esta tierra.

La iconografía del Primero de Mayo, que desarrolló su propia imaginería y simbolismo muy rápidamente, está totalmente orientada al futuro. Lo que el futuro traería no estaba nada claro, solo que sería bueno y que llegaría inevitablemente. Afortunadamente para el éxito del Primero de Mayo, al menos un camino hacia el futuro convirtió la ocasión en algo más que una manifestación y una fiesta. En 1890, la democracia electoral era todavía muy poco común en Europa, y la reivindicación del sufragio universal se sumó fácilmente a la de la jornada de ocho horas y a las demás consignas del Primero de Mayo. Curiosamente, la reivindicación del voto, aunque se convirtió en parte integrante del Primero de Mayo en Austria, Bélgica, Escandinavia, Italia y otros lugares hasta que se consiguió, nunca formó parte internacional de oficio de su contenido político como la jornada de ocho horas y, más tarde, la paz. No obstante, en los casos en que se aplicó, se convirtió en parte integrante de la ocasión y contribuyó en gran medida a su significado.

De hecho, la práctica de organizar o amenazar con huelgas generales por el sufragio universal que se desarrolló con cierto éxito en Bélgica, Suecia y Austria y ayudó a mantener unidos a partido y sindicatos surgió de los paros simbólicos del Primero de Mayo. La primera huelga de este tipo la iniciaron los mineros belgas el 1º de mayo de 1891. Por otra parte, los sindicatos estaban mucho más preocupados por el lema sueco del Primero de Mayo «menos horas y más salarios» que por cualquier otro aspecto del gran día. Hubo momentos, como en Italia, en que se concentraron en esto y dejaron incluso la democracia para otros. Los grandes avances del movimiento, incluida su defensa efectiva de la democracia, no se basaron en estrechos intereses económicos.

La democracia fue, por supuesto, fundamental para los movimientos obreros socialistas. No solo era esencial para su progreso, sino inseparable de él. El primer Primero de Mayo en Alemania se conmemoró con una placa que mostraba a Karl Marx a un lado y la Estatua de la Libertad al otro. Un grabado austriaco del Primero de Mayo de 1891 muestra a Marx, con *Das Kapital* en la mano, señalando al otro lado del mar una de esas románticas islas que los contemporáneos conocían por las pinturas de carácter mediterráneo, detrás de la cual se

eleva el sol del Primero de Mayo, que iba a ser el símbolo más duradero y potente del futuro. Sus rayos llevaban los lemas de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad, que se encuentran en tantas de las primeras insignias y recuerdos del Primero de Mayo. Marx está rodeado de obreros, presumiblemente listos para tripular la flota de barcos que debe zarpar hacia la isla, sea cual sea, con sus velas inscritas: «Sufragio universal y directo. Jornada de ocho horas y protección para los trabajadores». Esta fue la tradición original del Primero de Mayo.

Esa tradición surgió con extraordinaria rapidez --en dos o tres años-- mediante una curiosa simbiosis entre las consignas de los dirigentes socialistas y su interpretación, a menudo espontánea, por parte de militantes y trabajadores de base. Tomó forma en aquellos primeros y maravillosos años del repentino florecimiento de los movimientos y partidos obreros de masas. cuando cada día traía consigo un crecimiento visible, cuando la propia existencia de tales movimientos, la propia afirmación de clase, parecía una garantía de triunfo futuro. Más aún: parecía una señal de triunfo inminente cuando las puertas del nuevo mundo se abrían de par en par ante la clase obrera.

Sin embargo, el milenio no llegó y el Primero de Mayo, como tantas otras cosas en el movimiento obrero, tuvo que regularizarse e institucionalizarse, aunque algo del antiguo florecimiento de esperanza y triunfo volvió a él en años posteriores tras grandes luchas y victorias. Podemos verlo en los locos Días de Mayo futuristas de principios de la Revolución Rusa, y en casi toda Europa en 1919-20, cuando la demanda original del Primero de Mayo de las ocho horas se consiguió realmente en muchos países. Podemos verlo en los primeros Primero de Mayo del Frente Popular en Francia en 1935 y 1936 y en los países del continente liberados de la ocupación tras la derrota del fascismo. Aún así, en la mayoría de los países de movimientos obreros socialistas de masas, el Primero de Mayo se rutinizó algún tiempo antes de 1914.

Curiosamente, fue durante este periodo de rutinización cuando adquirió su vertiente ritualista. En palabras de un historiador italiano, cuando dejó de verse como la antesala inmediata de la gran transformación se convirtió en «un rito colectivo que requiere sus propias liturgias y divinidades», divinidades que suelen identificarse con esas mujeres jóvenes de cabellos alborotados y trajes holgados que muestran el camino hacia el sol naciente a multitudes o procesiones de hombres y mujeres cada vez más imprecisas. ¿Era la Libertad, o la Primavera, o la Juventud, o la Esperanza, o la Aurora de dedos rosados, o un poco de todo eso? ¿Quién sabe? Desde el punto de vista iconográfico, no tiene ninguna característica universal, excepto la juventud, ya que ni siquiera el gorro frigio, que es extremadamente común, o los atributos tradicionales de la Libertad, se encuentran siempre.

Podemos rastrear esta ritualización del día a través de las flores que, como hemos visto, están presentes desde el principio, pero se oficializan, por así decirlo, hacia finales de siglo. Así, el clavel rojo adquirió su estatus oficial en los Habsburgo y en Italia hacia 1900, cuando su simbolismo fue especialmente explicado en el animado y talentoso periódico de Florencia que lleva su nombre (*il garofano rosso* apareció los días de mayo hasta la Primera Guerra Mundial). La rosa roja se hizo oficial en 1911-12. Y, para desgracia de los revolucionarios incorruptibles, el lirio de los valles, totalmente apolítico, empezó a infiltrarse en el Primero de Mayo obrero a principios del siglo XX, hasta convertirse en uno de los símbolos

habituales de la jornada.

Sin embargo, la gran época de los Primero de Mayo no terminó mientras siguieron siendo legales --es decir, capaces de sacar a la calle a grandes masas-- y no oficiales. Una vez que se convirtieron en un día festivo dado o, peor aún, impuesto desde arriba, su carácter fue necesariamente diferente. Y como la movilización pública de masas era su esencia, no podían resistir la ilegalidad, aunque los socialistas (más tarde comunistas) de Piana del Albanesi se enorgullecieran, incluso en los días negros del fascismo, de enviar a algunos camaradas cada Primero de Mayo sin falta al puerto de montaña donde, desde lo que aún se conoce como la roca del Dr. Barbato, el apóstol local del socialismo les había dirigido la palabra en 1893. Fue en este mismo lugar donde el bandido Giuliano masacró la revivida manifestación comunitaria y el picnic familiar tras el fin del fascismo en 1947. Desde 1914, y sobre todo desde 1945, el Primero de Mayo es cada vez más ilegal o, más bien, oficial. Solo en aquellas partes comparativamente raras del Tercer Mundo en las que se desarrollaron movimientos obreros socialistas masivos y no oficiales en condiciones que permitieron el florecimiento del Primero de Mayo existe una continuidad real de la antigua tradición.

Por supuesto, el Primero de Mayo no ha perdido sus antiguas características en todas partes. Sin embargo, incluso allí donde no se asocia con la caída de viejos regímenes que en su día fueron nuevos, como en la URSS y Europa del Este, no es demasiado afirmar que para la mayoría de la gente, incluso en los movimientos obreros, la palabra Primero de Mayo evoca más el pasado que el presente. La sociedad que dio origen al Primero de Mayo ha cambiado. ¿Qué importancia tienen hoy esas pequeñas comunidades de aldea proletarias que recuerdan los viejos italianos? «Marchábamos alrededor del pueblo. Luego hubo una comida pública. Estaban todos los miembros del partido y todo el que quisiera venir».

¿Qué ha pasado en el mundo industrializado con aquellos que en la década de 1890 aún podían reconocerse en el «Arriba los pobres del mundo / De pie los esclavos sin pan» de la Internacional? Como decía una anciana italiana en 1980, recordando el Primero de Mayo de 1920: «Yo llevaba la bandera cuando era una obrera textil de doce años, que acababa de empezar en la fábrica»: «Hoy en día los que van a trabajar son todos señoras y señores, consiguen todo lo que piden». ¿Qué ha sido del espíritu de aquellos sermones del Primero de Mayo de confianza en el futuro, de fe en la marcha de la razón y el progreso? «¡Instrúyanse! ¡Las escuelas y los cursos, los libros y los periódicos son instrumentos de libertad! Bebed en la fuente de la Ciencia y del Arte: entonces os haréis fuertes para hacer justicia». ¿Qué ha sido del sueño colectivo de construir Jerusalén en nuestra tierra?

Y sin embargo, si el Primero de Mayo se ha convertido en una fiesta más, un día --cito un anuncio francés-- en el que no es necesario tomar cierto tranquilizante porque no hay que trabajar, sigue siendo una fiesta de un tipo especial. Puede que ya no sea, en la orgullosa frase, «una fiesta fuera de todos los calendarios», porque en Europa ha entrado en todos los calendarios. De hecho, es el día en el que más gente se ausenta del trabajo, excepto el 25 de diciembre y el 1 de enero, y ha superado con creces a sus otros rivales religiosos. Pero vino de abajo. Los propios trabajadores anónimos le dieron forma y, a través de él, se reconocieron a sí mismos, más allá de las diferencias profesionales, lingüísticas e incluso nacionales, como una clase única al decidir, una vez al año, no trabajar deliberadamente:

desobedecer la obligación moral, política y económica de trabajar. Como dijo Victor Adler en 1893: «Este es el sentido de las vacaciones de mayo, del descanso del trabajo, que nuestros adversarios temen. Esto es lo que sienten como revolucionario».

Al historiador le interesa esta ocasión por varias razones. Por un lado, es significativa porque ayuda a explicar por qué Marx llegó a ser tan influyente en los movimientos obreros compuestos por hombres y mujeres que no habían oído hablar de él antes, pero que reconocieron su llamamiento a tomar conciencia de sí mismos como clase y a organizarse como tal. Por otro lado, es importante porque demuestra el poder histórico del pensamiento y el sentimiento de base, e ilumina el modo en que hombres y mujeres que, como individuos, son inarticulados, impotentes y no cuentan para nada pueden, sin embargo, dejar su huella en la historia.

Pero sobre todo es para muchos de nosotros, historiadores o no, una época profundamente conmovedora, porque representa lo que el filósofo alemán Ernst Bloch llamó (y trató extensamente en dos voluminosos volúmenes) *El principio esperanza*: la esperanza de un futuro mejor en un mundo mejor. Si nadie más lo recordaba en 1990, correspondía a los historiadores hacerlo.

Contrahegemoniaweb.com.ar

---

https://www.lahaine.org/mundo.php/como-los-trabajadores-hicieron-suyo